

Olivier Truc

El estrecho del Lobo



DESTINO

El estrecho del Lobo

Olivier
Truc

Traducción
de Joan Riambau Möller

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1351

Título original: *Le détroit du Loup*

© Olivier Truc, 2014

© de la traducción del francés, Joan Riambau Möller, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Los editores agradecen los mapas a J.-P. Métaillié y al laboratorio Géode de la Universidad de Toulouse-Le Mirail

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-233-4993-7

Depósito legal: B. 20.711-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Jueves, 22 de abril

Salida del sol: 03.31 horas; puesta del sol: 21.15 horas
17 horas y 44 minutos de insolación

10.45 horas. Estrecho del Lobo, Laponia noruega

Desde hacía más de una hora, la mayoría de los hombres eran invisibles.

Algunos llevaban escondidos mucho más tiempo. Aguardaban, situados estratégicamente en las dos orillas a una distancia de quinientos metros. Los que estaban emboscados en Kvaløya, la isla de la Ballena, se hallaban en sus puestos desde la tarde de la víspera.

Allá arriba, a lo lejos, el sol dominaba el escenario desde hacía un buen rato.

Era difícil adormilarse. Era difícil moverse sin ser visto.

A mediados de abril, la luz imponía su presencia incluso en plena noche.

Pero nadie mencionaba la noche. Vigilaban, aguardando pacientemente la señal.

Una mujer morena tumbada en una barca mantenía la misma actitud impasible.

Los insectos que revoloteaban alrededor de los hombres los dejaban insensibles. Tenían la piel curtida de los habitantes de la tundra, apenas pestañeaban para no perderse el menor movimiento. Algunos fumaban para matar el rato, demasiado lejos para que el olor los delatara, y únicamente después de haber comprobado la dirección del viento. Otros bebían de sus termos de café. Mordisqueaban lonchas de reno seco, leían las últimas noticias

en sus teléfonos móviles, veían vídeos en YouTube con sólo un auricular y el otro oído al acecho.

Tumbado en la barca, Erik Steggo observaba el cielo. El joven comenzaba a sentir el calor, señal de que pronto sería agobiante. Sin embargo, la temperatura apenas alcanzaba los tres o cuatro grados, pero sus capas de ropa lo mantenían caliente.

La nieve aún cubría la orilla, aunque ya se anunciaba el deshielo. La blancura también dominaba las montañas aplanadas.

Las veía volviéndose un poco, lentamente. Erik reconoció los senderos tantas veces recorridos.

Pensó en quitarse una capa de ropa, pero renunció, rindiéndose al agradable sopor en el que flotaba. El simple chapoteo del agua bastaba para refrescarlo, y el ruido de las olas lo mantenía despierto.

La barca aguardaba en el lado de tierra firme, hacia el sur.

Sin verla desde su ángulo de visión, Erik imaginaba la piedra sacrificial que se alzaba en la otra orilla, una roca apuntando al cielo.

En el pasado, varias generaciones de hombres se habían recogido allí antes de la operación que Erik y los suyos iban a emprender. Conocían los riesgos y sabían cómo evitarlos. Si el destino se mostraba clemente.

El joven en la barca no había tenido tiempo de depositar allí una moneda en ofrenda. Le pidió a Juva que se ocupara de ello. Juva se lo prometió. Una promesa era algo importante.

El ruido se aproximó. Un grupo se separaba. Iba hacia él. Erik se acurrucó en el fondo de la embarcación. Sentía el aliento nervioso a unas decenas de metros, el entrechocar sobre los cantos rodados. Pero ahora el aliento ya no se aproximaba. De nuevo calmado, aún fuerte pero más calmado.

Esa alarma había hecho sudar a Erik. Respiró pro-

fundamente. Olvidó el aliento pesado y dejó volar su pensamiento hacia la roca puntiaguda y su ofrenda. Erik no creía en ello a pies juntillas, pero le gustaba la poesía de esos lugares místicos.

Anneli, sólo ella había podido abrirle los ojos y el alma a esas bellezas ocultas. Anneli. Era también por ella, por ellos, que había que lograrlo.

Trató de concentrarse de nuevo. No podía ponerse en pie para mirar, pero la tensión creciente indicaba que se aproximaba el momento.

Muy cerca de él, unos quinientos renos se amontonaban sobre los cantos rodados de la orilla, haciendo lo que podían, buscando algas cubiertas de sal, alzando de vez en cuando nerviosamente la testuz hacia la orilla opuesta, en la isla de Kvaløya. Desde la gran isla que era su destino final, el viento del norte del mar de Barents les traía efluvios de hierba. Aún no era la hierba tupida de junio y, sin embargo, para aquella manada constituía una irresistible llamada después de seis meses de un régimen seco a base de líquen enterrado bajo la nieve. Los animales estaban nerviosos, impacientes. Demasiado impacientes. Las hembras no parirían hasta llegar al otro lado. Eso provocaría de nuevo tensiones con la ciudad, como todos los años. Pero los renos en cabeza sabían qué los esperaba al otro lado. El reno blanco de Juva era el más experimentado. Sin duda él iniciaría el movimiento. ¿Era un signo de vejez que liderara así esa avanzadilla de la manada con varias semanas de antelación? Lo cierto era que los pastos, por el camino de la trashumancia, no habían sido buenos y habían empujado al reno blanco y a los otros siempre hacia adelante. Sentían instintivamente que algo iba a ocurrir. Y los pastores no tenían más que seguirlos. Ésa era la ley del vidda, de las altas mesetas desérticas de Laponia.

Erik notaba la tensión de los renos sin verlos. Su respiración entrecortada le latía en los tímpanos. El eco de

sus patas al resbalar sobre los cantos rodados húmedos lo informaba mejor que cualquier otra cosa.

Con la misma fuerza y el cielo como único horizonte, Erik vio uno a uno a los hombres emboscados, ocultando su nerviosismo detrás de una máscara de dureza. Al igual que él, sabían que nada podía salir mal. No se lo podían permitir. Ahora no. Un movimiento podía suponer todo un día de trabajo perdido. En el mejor de los casos. El peor escenario no quería ni siquiera contemplarlo. Volvió a soñar despierto.

Cuando llevaba un rato tumbado boca arriba, Erik solía preguntarse qué pasaría si en un accidente se quedara parálítico. Era una reminiscencia de su infancia salvaje en la que hizo las mil y una en pandilla.

Cuando era muy joven, nunca se hacía esas preguntas, pero sabía de dónde le venía esa idea de la parálisis, de un tío que se quedó minusválido a resultas de un accidente de moto, una noche en que tuvo que salir en pleno invierno a buscar a unos renos perdidos en una dehesa que no era suya. Un drama banal del vidda. Sin embargo, lo impresionó, puesto que a ese tío le debía su perfecto dominio de la motonieve. Un tío cómplice con el que también aprendió a fumar, escondiendo el cigarrillo dentro de la palma de la mano como un verdadero pastor. Pero ahora, a los veintiún años, Erik era un hombre.

Conocer a Anneli lo calmó. Para sorpresa de sus amigos que seguían llevando vidas turbulentas. Para su propia sorpresa. Al lado de esa mujer solar, había madurado más deprisa.

Se sintió tan conmocionado como cuando bebió por primera vez. Ése era el sentimiento que recordaba. Trastornado. Mareado. Avergonzado. No había vuelto a beber.

Nunca más había podido prescindir de Anneli.

Blanco o negro, sin medias tintas.

Las palabras de Anneli lo removieron con la misma fuerza. Toda la belleza del mundo lo penetraba cuando

ella hablaba. Sus palabras parecían salir de una nube. Tenían de ésta la blancura pura y la suavidad esponjosa.

A menudo se repetía las palabras de la chica. Y sonreía ante su torpeza. En su boca, las palabras salían en fila, disciplinadas y como es debido, pero sin sabor. Las mismas sílabas alzaban el vuelo desde la punta de la lengua de Anneli y hacían girar los espíritus atrapados en su zarabanda. La gente se detenía para escucharla. ¡Dios sabe lo guapa que era! Pero sus palabras lo trastornaban.

Olvidó de repente a Anneli.

Sintió que había empezado.

El reno blanco se había decidido.

El animal de imponentes astas acababa de lanzarse al agua y, como era de prever, los otros seguirían detrás de él.

Llevaría un tiempo, pero los renos titubearían poco, incluso los más jóvenes. Su pelo hueco los ayudaría a flotar.

Cuando el ruido de los cantos rodados pisoteados disminuyó, Erik alzó finalmente la cabeza despacio para observar cómo se desarrollaba la operación. Los renos ya no podían verlo, concentrados en la orilla opuesta hacia la que nadaban en una larga hilera que parecía la punta de una flecha.

En derredor, todo estaba en calma. Los hombres seguían escondidos.

A lo lejos, Erik vio el punto que unía la tierra firme con Kvaløya. Alzó un poco más la nariz y vislumbró la roca donde Juva había depositado la ofrenda. Conociéndolo, no debía de haber puesto más de una corona.

En las orillas, los pastores seguían siendo invisibles.

Pero Erik sintió de repente una inquietud procedente de la manada.

Algo estaba pasando.

Se incorporó un poco más.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando miró a la orilla opuesta. No podía creer lo que veía.

Por espacio de un segundo, se dijo que no podía ser verdad, pero enseguida se dio cuenta de lo que sucedía y se situó en la parte trasera de la barca para arrancar el motor.

Ya no importaba si los renos lo veían.

En lugar de dirigirse a la orilla opuesta, los animales que iban en cabeza habían empezado a girar en círculo, en medio del estrecho. Una ronda mortal.

Cuanto más numerosos fueran los renos, más violento sería el remolino generado. Más riesgo correrían de ser aspirados y ahogarse. Los hombres surgían ahora a un lado y otro de la orilla. Otras barcas estaban en camino.

Erik era el que se hallaba más cerca y sabía que tenía que meterse en ese círculo infernal para dispersar a los renos y acabar con el remolino.

El agua le azotaba la cara. Podía ver ya a renos jóvenes frágiles y desesperados que se ahogaban y empezaban a desaparecer hacia el centro del remolino, aspirados hacia el fondo.

Erik apenas aminoró al llegar cerca de la masa compacta de renos alarmados: tenía que romper el círculo a cualquier precio y dispersar a los animales. Se agarró porque las sacudidas eran muy fuertes, envuelto en una espuma blanquecina que se confundía con la baba jabonosa que brotaba del hocico de los renos.

Erik gritaba y seguía avanzando, golpeándose debido a las sacudidas de las olas cada vez más violentas, chocando contra los renos, con cuyas miradas aterrorizadas se cruzaba.

El pastor vio al reno blanco de Juva. Parecía agotado de tanto luchar contra la corriente. Otros renos se hundían, con un jadeo sordo.

La barca se balanceaba, pero Erik vio que algunos renos empezaban a alejarse. Una parte de la manada retrocedía. Resbaló y se dio contra la borda. Sintió que sangraba. Se quedó grogui dos segundos, mientras la

barca zozobraba peligrosamente. Tenía la sensación de hallarse en medio de una tempestad cuando, a unas decenas de metros, el agua estaba en calma y el cielo prácticamente despejado.

Intentó ponerse en pie. El motor se había calado, volvió a arrancar, enjugándose la sangre que lo cegaba, oía los gritos de los pastores en la orilla, veía que los que se aproximaban en barca le hacían señales, los renos profesaban estertores, golpeaban la barca, insensibilizados por el terror, partiéndose las astas al entrechocar, las olas rompían contra el casco, entraba agua. Erik se hallaba ahora casi en medio del remolino.

Dos renos arrastrados por la corriente golpearon de lleno la barca y sus astas se engancharon en las cuerdas que sobresalían por la borda. Meneaban furiosamente la testuz para liberarse. Erik cayó.

Justo antes de ser definitivamente tragado por las olas burbujeantes, su última mirada capturó una nube blanca y esponjosa.